

## Encontrar a la buena embriaguez

---

*Entrevista con Pierre-Yves Albrecht realizada por Alain Chevillat*

Pierre-Yves Albrecht tiene una formación de filósofo. Vuelto educador y confrontado a la toxicomanía elaboró una terapia original que utiliza con éxito y desde veinte años en los Centros de las Riberas del Rhône (Foyers des Rives du Rhône). Según PY Albrecht, si los toxicómanos recurren a las drogas, es porque buscan la embriaguez que provocan. Se trata entonces de una tentativa de escapar del mundo profano, de penetrar, pero por efracción, en este mundo interior evocado por todas las tradiciones y al cual pertenece el hombre. Sin embargo, existe una verdadera puerta de acceso a este mundo interior: la iniciación, rito de paso que abre progresivamente al invisible, y que constituye un acercamiento estratégico a esta embriaguez expulsada de nuestro espacio cultural.

Este proceso iniciático, que desapareció en nuestras sociedades occidentales permite una armonización progresiva del cuerpo, del corazón y del espíritu, Pierre-Yves Albrecht lo propone también a todos los que buscan la libertad. Para desarrollar la conciencia, y, a través de la experiencia donde uno se confronta a si mismo, entrar en un camino de evolución personal y subir los grados sucesivos del ser.

- **Aunque usted tenga una formación de filósofo, se encarga de personas con problemas de dependencia. ¿Cuál es lugar de la filosofía en su enfoque?**

Tengo en alta consideración a la filosofía. Pienso en Platón, Sócrates, en una especie de filosofía ambulatoria, oral, antes de todo existencial, practica, una especie de mayéutica. Y cuando hablamos de mayéutica, automáticamente aparece la función de educador. La filosofía es una estrategia para educar, lo que para mí quiere decir permitir al niño de acceder a lo que es. No entré en el sistema educativo clásico porque tal como se practica hoy en día la educación me desconcierta y no me gusta. Se trata más de problemas sociales que de pedagogía y eso no corresponde a lo que pienso yo acerca de la educación. Empecé a trabajar como profesor de filosofía. Estaba en un colegio privado y mis alumnos venían de familias muy ricas. En cierto momento llevé la contraria y quise trabajar con gente pobre, en la cárcel. Una casa de reeducación se abría en mi país, Suiza, postulé y me hice educador. Rápidamente me di cuenta que era imposible de educar – en el sentido como lo entendía – niños que nos consideraban con razón como guardianes por qué los encerrábamos en sus habitaciones. Entonces me pidieron de abrir una casa para toxicómanos y de imaginar como hacerse cargo de ellos de manera original. Y es lo que hago desde entonces. Era 1981. En esos tiempos no había ninguna estructura y el espacio estaba muy libre. Pero no sabía muy bien tampoco lo que era la toxicomanía, y fue solo al cabo de dos años y a tientas que entendí: con la toxicomanía estábamos directamente confrontados a la grande problemática filosófica de la libertad. Entonces tuve que salir de la problemática de los síntomas, cocaína, heroína, alcohol, o otras sustancias. La pregunta central para mí se transformó en la siguiente: ¿Por qué uno pierde su libertad? ¿Y como se puede recuperarla? Esa reflexión sobre la libertad me interesaba y podía concernir también a los non-toxicómanos porque desbordaba el cuadro limitado de la toxicomanía y se abría a la Cuidad entera. Como filósofo pude entonces trabajar sobre este tema.

Finalmente, el hombre de la calle no es muy diferente del toxicómano que cuida, sino que sus dependencias tienen otros nombres que podemos agrupar bajo la denominación general de “normosis”.

- **No es un proceso ordinario. ¿Como ha sido percibido?**

No fue simple. Para la gente yo era un educador social, pero siempre me sentí filósofo, y la pedagogía que practicábamos en *los Centros de las Riberas del Rhône* era totalmente original en el campo del trabajo social. Aunque recibimos pocas pruebas de confianza, nunca tuvimos problemas, porque nuestro método funcionaba.

- **Entonces se trata de ayudar a los toxicómanos, prisioneros de su dependencia, a reencontrar su libertad. ¿Cual fue el aporte de la filosofía?**

El mito de la Cueva de Platón me pareció particularmente interesante. Hombres encadenados en el fondo de una cueva tienen como único horizonte la pared enfrente de la cual están atados. Detrás de ellos, otros hombres deambulan acerca de un fuego que proyecta sus sombras en esta pared. Cerca de la entrada, otros hombres viven en el halo de la luz que proviene de las afueras de la cueva, afueras que no conocen y que nunca prospectaron, mientras que una última categoría de hombres ya salió de la cueva y contempla la luz del sol, fuente de todas las luces derivadas y que vislumbran los otros. Los hombres en el fondo de la cueva no conocen otra realidad que la que aparece en la pared. Si desatamos uno de ellos, y le enseñamos donde se encuentra la realidad – afuera de la cueva – tendrá miedo, no va a creernos, y regresará a sus cadenas. Las otras posiciones ocupadas por las diferentes categorías de hombres viviendo en la cueva simbolizan diferentes tipos de conocimiento llamados por Platón: opinión, ciencia, y contemplación.

Con la gran toxicomanía, el hombre se encuentra en este estado de conciencia donde la ilusión predomina, y donde él cree a esa realidad. Pero eso vale por todos los hombres. No solo los toxicómanos están encadenados, nosotros todos nos encontramos en el mundo de la ilusión, viendo solo las sombras pintadas en la pared. En este estado, estamos confrontados a estados de conciencia muy específicos. Toda la curación – pero también la misma vida, que constituye en sí misma una curación existencial del hombre - consiste en tratar de acceder a estados de conciencia libres. En la terapia no hablamos de estados de conciencia, pero de valores, de ética, de aspectos físicos, y finalmente se trata de liberarse de un estado de conciencia alienado y adquirir una nueva visión del mundo. Para eso hacen falta estrategias. No basta hacer deportes ni tampoco entrar en una religión, experimentar meditación, canto, escritura o poesía... Se precisa tocar el fundamento de la conciencia que está en suspenso. Se precisa lograr estados de conciencia que no sean solamente analíticos. En efecto, la mayor parte de las terapias proceden por una vía analítica, con un amplio despliegue de consejos y teorías. Para mí eso no sirve para nada, y desgraciadamente nuestra filosofía se ha vuelto también, con el tiempo, intelectual y analítica.

A mi modo de ver, la mayor fuerza de una verdadera terapia es de poner la persona en una situación donde ella experimentará un estado de conciencia nuevo. Toda nuestra práctica trata entonces de crear situaciones favorables para que la persona pueda hacer

ese tipo de experiencia, que se acerca del misterio, del pasaje de una puerta. Así es la iniciación: ir de lo visible a lo que todavía no es visible. En psicología diríamos que se trata de ir del “yo” hacia el “sí mismo”, o del “yo” hacia mi verdadero nombre, etc. Todo el proceso filosófico, desde el comienzo de los tiempos, radica en el intento de ir del visible hacia el invisible, del hombre hacia Dios, de la naturaleza a la sobre-naturaleza – tantos nombres diferentes que expresan la búsqueda de una estrategia que permita penetrar este mundo que todavía no encarnamos. Es el fundamento de la filosofía. Todo el esfuerzo de Platón consistió en encontrar como penetrar en la sobre-naturaleza a la cual pertenece el hombre: por el éxtasis, el amor sublime, amor que también significa fuerza, y no solo emoción, sentimiento, sensiblería. En mi opinión, solo el amor es capaz de abrir la puerta.

- **¡Les deben contestar a menudo que no se trata de transformar toxicómanos en filósofos, pero de sacarlos de la droga!**

Pero para eso hace falta entender lo que es la droga. Cada uno, que le sepa o no, busca la embriaguez porque ella cataliza la apertura de la puerta. Los toxicómanos no quieren nada menos que la embriaguez sublime ¿Pero, donde encontrarla? La sociedad no provee ni orientación, ni codificación de la embriaguez. Entonces consumen de manera totalmente anarquista productos que podríamos llamar catalizadores, estimulando la embriaguez, pero sin darle una orientación muy precisa. Aunque no de forma siempre consciente, se busca la droga como un remedio, una estrategia – la embriaguez - para elevarse. La especificidad de la embriaguez cambia con la droga: tomando cocaína, el individuo se comportará como un caballero, tomando heroína como un santo, y con el hashish como un chamán. Todas estas drogas son como facsímiles que tratan en vano de reemplazar a los dioses del panteón. Platón consideraba ciertas divinidades como jefes de coro llevando el coro en los remolinos del éxtasis: Afrodita dispensaba la embriaguez amorosa, las Musas inspiraban los desbordamientos poéticos, Ares el entusiasmo heroico, Apolo el arte profético, mientras que Dionisos era el dueño de las orgías catárticas. Los dioses están muertos ya, y con ellos sus poderes, y la toxico-dependencia se ha vuelto el sucedáneo de una embriaguez de antaño legítima y divina, pero que hoy en día se corrompió.

¡El mundo es toxicómano, es parte de su normalidad! La diferencia es que los toxicómanos de nuestros centros son declarados como tales porque cruzaron la línea. Pero en que consisten la bulimia, anorexia, neurosis, psicosis, demencia, tantas categorías fantasmagóricas y desesperantes, sino en tipos de embriaguez larvadas, tentativas de liberar los estados de conciencia prisioneros de las “normosis”. ¿Quién puede imaginar vivir sin embriaguez? ¿No sería acaso renunciar a vivir?

Pienso que el drama de nuestra sociedad, el pecado más grande que pueda cometer (quizás sin tener conciencia de lo que hace) es de suprimir la posibilidad de la embriaguez. Los ritmos de la existencia (horarios, trabajo...), la visión de la vida, la manera de pensar en ella que se nos imponen, no dejan mucho espacio libre para el entusiasmo.

No hay que suprimir la embriaguez, lo que hace falta es reorientarla. Mi trabajo consiste en permitir al hombre o la mujer jóvenes de atravesar, experimentar iniciaciones – estrategias para generar una embriaguez sana – que no ya existen porque desaparecieron hace siglos de nuestras sociedades.

- **Es además una palabra que puede ser mal comprendida. ¿Qué quiere decir por iniciación?**

La iniciación es un rito de paso. Permite de pasar un cabo, por ejemplo, pasar de la infancia a la adolescencia. Es una prueba codificada que permitirá acceder a un estatus nuevo, reconocido por la sociedad o la tribu. Es también lo que permite establecer un vínculo entre visible e invisible, entre naturaleza y sobre-naturaleza.

Las iniciaciones son recurrentes: durante la vida de un hombre, hay varios pasos; algunos más sociales, favoreciendo la inserción social, otros más “*mistericos*” permitiendo de penetrar otros estados de conciencia y acceder a otros niveles de ser. A lo largo de la vida las iniciaciones abren el ser a dimensiones más profundas y desarrollan vínculos entre lo visible e lo invisible, entre los hombres y los dioses. Son umbrales de transformación, hacia metamorfosis sucesivas que permiten al hombre de caminar hacia sí mismo.

El espíritu aparece en la literatura tradicional como encerrado en la cárcel del alma, y el alma en la cárcel del cuerpo. Para liberar el espíritu hace falta liberar el alma. El hombre visible, mundano, cotidiano, con sus trivialidades, esconde un hombre interior, misterioso, que podemos llamar espíritu, que está prisionero del alma – que los Sufíes llaman “alma orgullosa”. Entonces para liberar esa alma orgullosa de la cárcel del cuerpo, hay primero que someterla a una ascesis. Liberada, el alma podrá, a su turno, liberar el hombre interior – que llamamos en la tradición el si mismo, el hombre levantado. Es una suerte de *metanoía*, de cambio de todos los valores. En la estatuaria de las catedrales se encuentra a veces una ilustración de eso: un personaje, boca abajo, y de las plantas de sus pies salen flores. Ese personaje logró el cambio de su ser, como lo atestiguan las flores.

En los *Centros de las Riberas del Rhône*, tratamos de producir este cambio y esta transformación de la persona por etapas. Pero quisiera hacer aquí una precisión: lo que desarrollamos no es una pedagogía reservada a los toxicómanos: como esa *metanoía* es el proyecto secreto de todo hombre, esta pedagogía se abre a cada uno de nosotros.

- **¿Y concretamente, como proceden en los *Centros de las Riberas del Rhône*?**

Los jóvenes que llegan tienen problemas muy agudos. Al principio hay que hacer todo un trabajo sobre la adquisición de nuevos y simples ritmos cotidianos: acostarse temprano, comer normalmente, trabajar en el jardín, practicar todos tipos de actividades naturales. Nuestras instituciones están ubicadas o en el campo, o en la montaña, con su agricultura específica. Los jóvenes trabajan sobre sus animales interiores. Esta primera aproximación re-armonizará lo que llamamos la capa del paisano, la relación con la naturaleza que, en el caso de estos jóvenes, ha sido completamente perturbada. Este es el primer trabajo, que dura de 5 a 6 meses.

Cuando la armonización de este nivel ya está consolidada, pasamos a una segunda etapa, el trabajo del artista y del caballero, el que produce formas. En efecto, estamos convencidos del principio que para producir formas hace falta coraje y audacia porque esto implica un compromiso de la persona. La formación del artista se efectuará por trabajos como alfarería, fabricación de vidrieras, canto, etc. El paisano ha proveído la materia a la cual va a dar forma el artesano-caballero, dándose a si mismo al mismo

tiempo una forma interior. Así uno descubre, por ejemplo, que tiene una linda voz, lo que reestructura por resonancia la melodía del corazón.

En una tercera fase, la del filósofo, o sacerdote filósofo, como la llamamos, el trabajo se abre hacia la trascendencia. Es la dimensión espiritual de nuestro método: ejercicios de hermenéutica, de interpretación de textos sagrados, producción literaria de textos caballerescos y espirituales. Mediante esta práctica, la persona trata de establecer un contacto entre visible e invisible.

Las tres dimensiones – ecológica, artística, espiritual – están interpenetradas. La meta es que la dimensión espiritual pueda penetrar a las dos otras, pero metodológicamente tenemos que empezar progresivamente porque los jóvenes que llegan a nuestra institución no tienen la menor idea de lo que es la espiritualidad. Como ha desaparecido en nuestros países toda cultura espiritual, empezar por este lado desconcertaría a nuestros jóvenes pacientes. Se trata de una especie de escalera que ellos suben poco a poco, y es cuando llegan a la cumbre que se produce entonces la integración del proceso completo. Nos encontramos en un enfoque antropológico que considera tres diferentes partes del individuo, que llamamos para simplificar: cuerpo, corazón y espíritu. El cuerpo hay que purificarlo por una ascesis del cuerpo y de la conciencia – que ha sido oscurecido por profundas sombras. El corazón, hay que depurarlo cincelandolo como el artista con su cincel da una nueva forma a la madera. El espíritu hay que liberarlo. Y poco a poco, por esta ascesis, la visión del mundo exterior y interior de la persona se transforma, y es lo que importa porque en eso consiste la curación.

En efecto, la curación no consiste solo en dejar de tomar drogas ni en una simple cuestión de comportamiento. El nuevo comportamiento de abstinencia de las drogas es la consecuencia de un cambio de visión. Esa es la transformación que hay que destacar y que se hace siempre al nivel de la conciencia. Como todo es una cuestión de cambio de los campos de conciencia, y se trata de un proceso lento.

Lo que acabo de describir es el aspecto cotidiano de lo que pasa en nuestros centros. Hay también aspectos “extraordinarios”, como el desierto. Con el desierto se fija como meta de crear situaciones completamente extraordinarias para que germine y crezca un cierto estado de ánimo: un aspecto trascendente de la transparencia. Durante estas epopeyas muy sobrias, el cuerpo está sumergido en la naturaleza. En el desierto desaparece la obstrucción debida a los innumerables objetos de consumo que nos rodean y se encuentra una tonalidad de existencia extraordinaria que solo puede experimentar él que ya conoce una cierta transparencia. Si la persona no tiene esta transparencia, en cualquier caso, experimenta lo que la habita: el desierto es como una pantalla donde la persona puede ver quién es y cómo es. Gracias a este marco, ella experimenta esta cosa muy importante: el hombre interior. Y se puede observar que cuando habla de su experiencia, el individuo no utiliza las mismas palabras que antes. Ahora las que escoge tienen tanto poder como los rayos. Se nota que sus pensamientos antes insignificantes y pesados, se aclaran como un sol. Su visión del mundo y del ser ya cambió y un hombre nuevo sale de la cáscara. En ese contexto el individuo puede empezar una nueva historia. Hemos decidido de dar a pie la vuelta al Mediterráneo, base de nuestra cultura. Ya hemos recorrido el camino de Sión hasta Compostela, atravesado Marueco, Mauritania, Malí, y por el momento hemos llegado a Tamanrasset, en el centro de Argelia... Muchos pasos ya recorridos en los grandes desiertos. Otras situaciones extraordinarias son parte de la vida en nuestros

centros, todas permiten de pasar las puertas iniciáticas y de acceder a los grados de transformación.

- **Usted ha aclarado que esta pedagogía iniciática no se dirige solo a los toxicómanos. Se practica también adentro de la Academia Aurora. ¿A cuáles necesidades responde?**

Me di cuenta, diez años atrás, que hace mucho tiempo que este problema de iniciación impacta nuestra sociedad post-moderna. Hoy en día estamos confrontados a un fenómeno único en la historia de las sociedades, fenómeno que llamo la *elusión de la iniciación*: casi desaparecieron los ritos de paso. Eso hace que el hombre no logre ser un adulto, encontrar lo que es, encontrar su nombre. Por ejemplo, en una tribu como los Dogones, si alguien no encuentra su nombre, es considerado como un ser socialmente irresponsable y una bestia. Pero en el Occidente esta elusión es un hecho establecido, lo vivimos desde siglos: como la sociedad eludió toda iniciación los hombres que la constituyen ya no tienen nombre, lo que produce anomia. Desde siglos tenemos padres y madres que no pudieron, por falta de iniciación, acceder a un estatuto verdadero de “padres” y que son “niños sin nombre”. Quienes a su turno hacen otros niños sin nombre. Ese fenómeno se perpetua, y empeora. Y lo peor ya lo vivimos, con la multiplicación de los fenómenos de dependencia que florecen en nuestra época y resultan, según mi opinión, de la imposibilidad de “crecer” que crea y fija nuestra mentalidad anti-iniciática. De ahí la idea de reinstaurar esas iniciaciones en las escuelas a título preventivo, como nos los han pedido ciertos profesores. Adentro de los sectores medicales y paramedicales también, muchas personas nos pidieron de seguir los programas diseñados en nuestros centros. Por eso imaginé la restauración de esos ritos de paso poniendo en práctica esa pedagogía iniciática fuera de las residencias, en el cuadro de la Academia Aurora.

La pedagogía iniciática consiste en marcar las diferentes fases de transformación, de progresión del individuo, desde la pequeña infancia hasta la muerte. Siete, catorce, veinte y un año siempre han representado etapas iniciáticas. Todos los siete años y hasta el fin de la vida, una prueba puede llevar a la transformación del estado de conciencia. Hay que pasar de nuevo por esas etapas y es muy difícil para nosotros, hombres modernos, pasar por las etapas que hubiéramos tenido que atravesar mucho antes. Esas pruebas están diseñadas a partir de las modalidades de la psique. En la infancia, el alma necesita de desarrollarse en el plano del paisano, después en el plano del caballero, del artista, y, finalmente, en el plano filosófico. Al principio trabajamos con mitos y arquetipos donde intervienen personajes míticos como la hada, el jardinero, etc. Después entramos en la caballería con la “Dama de mis pensamientos”, el “Caballero sirviente”, y en un tercer tiempo contactamos el filósofo, con “la Señora-sabiduría”, etc. Normalmente, a los veinte y un años el hombre está en el centro de sí mismo, es decir que se encuentra a la puerta de su corazón, aunque no la abrió todavía. Podemos representar esto mediante una cruz cuyo camino de los brazos horizontales ha sido atravesado hacia el centro del corazón. A los veinte y un años empiezan entonces las grandes iniciaciones que consisten en bajar en su naturaleza profunda o subir muy alto en el cielo (la rama vertical de la cruz), para regresar en la rama horizontal derecha y realizar adentro de la Ciudad todo lo que se adquirió durante estas iniciaciones, y así devolver al mundo todo lo que fue recibido.

En resumen, la pedagogía iniciática va a tratar de restaurar hasta un cierto punto ciertos ritos de paso para la gente llamada “normal”, como lo hacemos también para las personas dependientes y cuya enfermedad, lo repito, resulta de la *elusión de la iniciación*.

- **¿Concretamente, con adultos supuestamente “normales”, que, por consiguiente, no están inmersos en los centros, como pasa la cosa?**

La primera cosa que hay que hacer es de dar al principio una enseñanza relativamente teórica sobre los temas que hace falta conocer: iniciación, cosmología, antropología, hermenéutica... con el fin de enseñar materiales básicos a partir de los cuales se desarrollará una nueva mirada, una nueva manera de pensar. En un segundo tiempo, y eso es muy importante, hay que solidificar este nuevo pensamiento a través de una experimentación para que no solo el mental sino el ser entero sea impregnado. Eso consistirá en poner en práctica la enseñanza teórica, crear situaciones contundentes para permitir al estudiante de asimilar la enseñanza.

En un tercer tiempo, la persona tendrá que vivir una situación solitaria, un rito de paso en un espacio privilegiado (bosque, desierto) donde podrá meditar todo lo que adquirió durante los dos años que han pasado. Y durante esa experiencia seguro que va a pasar algo. Este rito de paso será seguido por otros que la persona podrá realizar de manera autónoma. Iniciamos el movimiento, pero el proceso iniciático nunca para, y lo más importante es que la persona, después de esta experiencia, continúe a vivir y trabajar en el camino abierto por el proceso iniciático.

- **Usted acaba de defender una tesis de doctorado en etnología. ¿Serviría para oficializar los fundamentos de su pedagogía iniciática?**

Escogí un tema que me apasiona: el trance y el éxtasis a través de la historia. Ese tema está relacionado con mi vocación acerca de las embriagueces. Siempre he querido entender cual eran las ventajas y desventajas del éxtasis y del trance. Más progreso más me doy cuenta que es imposible vivir sin embriaguez: la vida no valdría la pena. Entonces se precisa encontrar la buena embriaguez. Hay esquemas de embriaguez que proveen una felicidad relativa, por ejemplo, el amor – una de las cinco embriagueces mencionadas por Platón con las del héroe, de las musas, de Dionisos y Apolo. Quise profundizar todo esto adentro de un cuadro académico, universitario, porque por una parte la temática sufre de escaso estudio y por otra estoy seguro que al principio la filosofía se profetizaba, en forma de transe específicas, lo que era concebido como una manera de penetrar el invisible. Hace tiempo que quería llevar estas ideas a un cierto nivel de reconocimiento. Para ser tomado en serio, creo que es mejor, en esta perspectiva, utilizar ciertos canales de transmisión. En el marco de este doctorado, lo que dije fue aceptado y recibido de manera oficial, y no podrá ser rechazado bajo el pretexto de “fantasía”. Esta fue mi contribución al intento de dar a conocer estos temas, para entender mejor la dependencia y el gran peligro que nos amenaza por la *elusión de la iniciación*. Pienso que es muy importante reinstaurar ritos de paso que implican como estrategia la practica de una embriaguez codificada. Tenemos que replantear el tema de la embriaguez, lo que implica una meditación sobre formas de conocimiento diferente de las que se enseñan en las escuelas, diferente del enfoque analítico o silogístico aristotélico. Implica también la reintegración dentro de la educación y de la pedagogía, de formas de conocimiento meditativo basadas

en el sueño, la inspiración y la visión. Es decir, trabajar con el cerebro derecho tanto como el izquierdo. Eso es crucial por la humanidad.

- **¿Entonces hacía que tendría la buena embriaguez?**

Es necesario entender correctamente lo que digo sobre la embriaguez. Cuando hablo de la reinstauración de la embriaguez iniciática, digo que hay que reinstaurar formas de conocimiento que permiten de acercarse a una nueva manera de percibir la realidad. El racionalismo glacial que abrumó a nuestro sistema cultural originó una percepción cuadrada y cuadrillada; no es capaz de abrir la puerta hacia otras dimensiones, mucho más sabrosas. Al revés, la meta de la embriaguez no consiste solo en complacernos de manera hedonista sino en permitirnos de entrar en esas dimensiones donde podemos encontrar a nuestro Ángel-Espíritu, dimensión que nunca descubriremos con la razón. Nos dicen hoy en día que hay que reencontrar valores, sentido, y construyen teorías sobre este tema. Pero una teoría nunca provee el sentido, porque el sentido, hay que gustarlo. El sentido es un gusto, y para gustar hay que experimentar, la función de los terapeutas siendo de provocar esos estados, pero sin sustancias. El heroinómano, por ejemplo, vive con el flash una experiencia mística abrupta. Durante un momento muy corto, gustará la paz inefable que le procura la heroína. El sentido está presente, se gusta, y penetra toda la realidad. Pero el despertar es catastrófico porque el proceso de embriaguez se desarrolló de manera artificial, sin orientación ni preparación ascética. Sin embargo, no sirve para nada suprimir la heroína sin dar los instrumentos para vivir de otra forma esa experiencia de la santidad que probó y nunca olvidará. Cada uno de nosotros detiene su propia embriaguez. Cada embriaguez linda con una dimensión del alma que debe realizarse en una acción específica. Cada uno debe encontrar la tonalidad de su alma: ¿cual es su naturaleza, donde y como realizarla? Pienso que cada uno tiene un arquetipo – ciertos hablan de ángeles -, que este arquetipo ya está realizado en nosotros, pero no siempre para nosotros. Esta aquí, idealmente, y la persona camina hacia este ideal, superándose por etapas, sin que pueda saber nunca si este ideal ha sido logrado. Se trata de una plenitud que hay que reconstruir paso a paso, a la medida de los instrumentos y capacidades personales. Mientras que la unicidad (para usar una expresión Sufie) no se completó, mientras que no hemos entrado en Él, no nos hemos convertido en Él, mientras que nuestro cuerpo todavía no se unió al Todo, pienso que es el destino del hombre de sentir cuanto le hace falta el arquetipo hacia el cual se dirige.